

CONFERENCIA INTERNACIONAL DE FINANCIACIÓN AL DESARROLLO

Monterrey: cumbre de las diferencias



La reunión, considerada definitiva para la lucha mundial contra la pobreza, sólo da tímidos pasos condicionados por Estados Unidos

El único compromiso firme salido de la Conferencia sobre Financiación del Desarrollo celebrada entre el 18 y el 22 de marzo en la ciudad mexicana de Monterrey ha sido el de fijar, en el 2005, la fecha para la próxima Conferencia sobre Financiación del Desarrollo, que debería celebrarse en el 2006.

Eso es lo que se deduce de la lectura del último borrador del 'Consenso de Monterrey', un texto redactado laboriosamente por diplomáticos que, durante años, habían acariciado la idea de marcar un hito en el empeño de sacar de la miseria a ese tercio de la Humanidad que vive con menos de dos dólares por día. La decepción de Monterrey ha esta-

do a la altura de las esperanzas que hace dos años, durante la llamada 'Cumbre del Milenio' de la ONU, se habían generado. En septiembre del 2000, casi 150 jefes de Estado y de Gobierno se desplazaron a la sede de Naciones Unidas en Nueva York para proclamar solemnemente que su objetivo era erradicar la pobreza del planeta en el horizonte del 2015, y para trazar el camino que permitiría lograrlo: reducir a la mitad el número de personas que viven con menos de dos dólares por día, reducir a la mitad el número de personas que no disponen de un agua potable que les permita conservar la salud y escolarizar

Hay 2.400 millones de pobres

en primaria a todos los niños de nuestra Tierra. Lo dijeron y lo firmaron, en un período de bonanza económica en el Norte y de 'boom' de algo que se llamaba 'Nueva Economía'.

Pero luego había que encontrar la manera de financiar esos objetivos. Llevar agua potable a las villas-miseria, abrir escuelas para todos, generar empleos que permitan dar de comer. Son objetivos que requieren una financiación consecuente y un rumbo firme. Y ahí empezaron los problemas, agravados por la elección del republicano George Bush a la cabeza de Estados Unidos, por el conato de recesión del 2001, que afectó a todo el mundo industrializado, y por el ataque terrorista del 11 de septiembre.

La mejor prueba de que Monterrey ha sido un fiasco no es la ira de las casi 300 ONGs presentes en la ciudad mexicana. Ni la edificación de un muro para ocultar las chabolas visibles desde el mismísimo centro de conferencias que reunió a casi 60 jefes de Estado y de Gobierno —entre ellos José María Aznar— y a unos 300 ministros. Ni las declaraciones de diplomáticos europeos, en particular franceses, sobre "el consenso a la baja" y "la inexistencia de compromisos firmes". La prueba está en el propio texto oficial aprobado en Monterrey. Según el último borrador del Consenso, la comunidad internacional "insta a los países desarrollados a tomar medidas concretas para destinar el 0,7% de su Producto Interior Bruto a la Ayuda Pública al Desarrollo (APD)". Hace exactamente 33 años, la Asamblea General de la ONU había aprobado exactamente ese mismo objetivo, que nunca llegó a cumplirse de forma generalizada, y con el que Estados Unidos ni siquiera llegó a considerarse vinculado. En ese lapso de tres décadas, el número de

personas que viven en la pobreza absoluta ha crecido cerca de un 50%, y se eleva a 2.400 millones de personas, según datos del Banco Mundial.

"Monterrey no es un fin en sí mismo, sino un principio", declaró ante el plenario de la Conferencia el presidente del Consejo Económico y Social de la ONU, el diplomático croata Ivan Simonovic, en



Propuesta estadounidense.

El presidente norteamericano anunció que EE UU destinará el 0,15% del PIB a la ayuda al desarrollo. Europa contribuye con el 0,39%.



La voz de la calle.

Mujeres protestan contra la violencia y la globalización el 15 de marzo en Monterrey.

un intento por dar algún sentido a lo ocurrido y quizá con la vista puesta en los próximos 33 años. Como en 1969, Estados Unidos, hiperpotencia del planeta, anda sumida en un ciclo de unilateralismo, lo cual tiene consecuencias no sólo en el plano militar —Vietnam entonces, el mundo arabo-musulmán ahora— sino también en el de las instituciones económicas multilaterales. El actual secretario del Tesoro norteamericano, Paul O'Neill, ha afirmado en reiteradas ocasiones que, a su juicio, la Ayuda Pública al Desarrollo (APD) "no sirve para nada". La Administración Bush ha tratado con olímpico desdén las estimaciones del Banco Mundial y de la ONU, que evocan la necesidad de duplicar la APD de los países ricos —hasta unos 100.000 millones de dólares anuales— para cubrir los objetivos fijados en la Cumbre del Milenio.

A ese enfoque multilateral, Estados Unidos ha opuesto sus propios objetivos. Antes de desplazarse a Monterrey, un George Bush que se sabía blanco de críticas exigió garantías de que nadie reclamaría modificaciones serias del anteproyecto de 'Consenso'. Por otra parte,

en un gesto unilateral anunció que su país aumentará un 20% su contribución al Banco Mundial e incrementará en 5.000 millones de dólares su APD a lo largo de los tres próximos años. Este último anuncio no deja de ser positivo —si llega a ser cumplido—, pero provoca irritación en las capitales europeas, que recuerdan que por el momento Washington sigue destinando sólo un 0,15% de su PIB a la ayuda a los países del Sur, esto es, unos 9.600 millones de dólares anuales.

Es menos de la mitad de la ayuda que proporcionan los Quince a los países del Sur.

La Unión Europea llega a Monterrey aquejada de sus crónicas disensiones internas. El compromiso del

reciente Consejo Europeo de Barcelona, que apunta a elevar la media de APD de la UE a un 0,39% del PIB para el 2006 apenas oculta la divergencia entre los países nórdicos y Holanda —que superan con creces el objetivo del 0,7%—, por un lado, y Francia, Gran Bretaña o España, que llevan otros planteamientos.

El aspecto más unánimemente criticado de la posición norteamericana es su exigencia de que un 50% del volu-

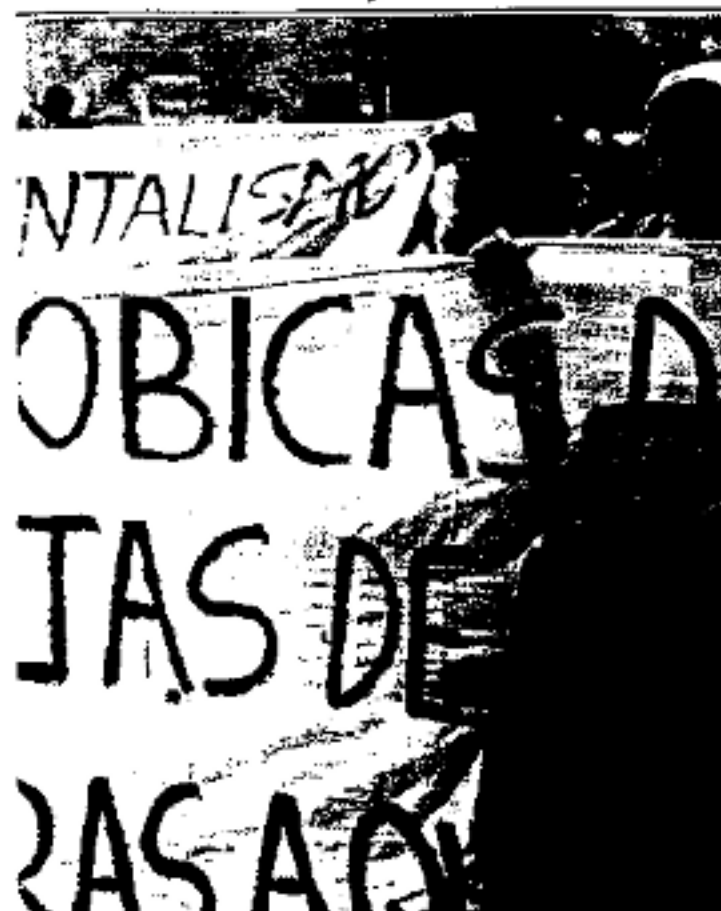
men actual de préstamos al desarrollo distribuidos por el Banco Mundial sean transformados en donaciones. La argumentación de Washington concuerda perfectamente con el 'republicanismo compasivo' de Bush del que tanto se hablaba antes del 11 de septiembre. El razonamiento de Washington consiste en decir que más vale conceder donaciones que, de todas maneras, el país pobre destinatario no reembolsaría si fueran préstamos.

Los europeos rechazan esa manera de enfocar el problema. Primero porque equivale a condenar al Banco Mundial, que financia parte de sus programas con lo que le van reembolsando de préstamos anteriores, a quedarse sin fondos propios a la larga. Segundo, porque las donaciones tienen un carácter discrecional que favorece el clientelismo y las arbitrariedades en los países destinatarios de las sumas.

De hecho, hay señales claras de que Washington está dispuesto a vincular cada vez más las relaciones económicas con los países del Sur con el célebre principio de la guerra antiterrorista: "quién no esté con nosotros, está contra nosotros". Un representante del sector privado invitado a Monterrey, el infame

El 0,7% sólo lo cumplen los nórdicos

> Monterrey es el entierro definitivo de la Tasa Tobin



Georges Soros, afirmó que estaba "muy inquieto por los criterios de atribución de la ayuda norteamericana". Si se impone el criterio que dice 'o están ustedes conmigo o están contra mí', ello no será bueno para el desarrollo", añadió, citando el reciente respaldo económico norteamericano al "régimen represivo de Uzbekistán". En Francia, uno de los principales expertos en cuestiones estratégicas, François Heisbourg, destacó recientemente en un coloquio que Estados Unidos está presionando en el Club de Londres y el Club de París para una reducción de la deuda externa de Pakistán, pese a que este país no es precisamente un ejemplo de buena gobernanza y de lucha contra la corrupción, y pese a que es uno de los que mayores riesgos de proliferación nuclear presentan. Anteriormente, el propio presidente francés Jacques Chirac había denunciado la presión estadounidense para incluir a Ruanda en la iniciativa para la reducción de la deuda de los países pobres lanzada por el FML, pese a que este país ocupa militarmente parte de la República Democrática del Congo, algo que, en principio, le descalificaba para beneficiarse de ese dispositivo de condonación parcial de deuda.

Europeos y norteamericanos sí están de acuerdo en un punto, resumido así por el jefe de la delegación norteamer-

icana, el subsecretario de Estado Alan Larson: "la ayuda pública desempeña un papel esencial, pero también la inversión extranjera y el comercio tienen un papel importante". Se trata del "nuevo rumbo" que la comunidad internacional quiere imprimir a la ayuda al desarrollo, un proyecto cuyo perfil todavía es algo difuso, pero que consiste en una "asociación" entre actores públicos y privados, y en una "co-responsabilización" entre Gobiernos del Norte y del Sur.

Se trata del único elemento nuevo, que despertó algo de optimismo en particular entre los altos funcionarios de las agencias de la ONU relacionadas con el desarrollo: por primera vez un grupo significativo de empresas multinacionales estaban presentes a alto nivel en una reunión de lucha contra la pobreza, y de este rango. Por primera vez también, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial de Comercio (OMC, heredera del GATT) se asociaban a una Conferencia sobre desarrollo bajo batuta de la ONU. Muchos países del Sur esperan que esa alquimia les sea favorable de cara a la nueva ronda de negociaciones sobre liberalización comercial lanzada en Doha en noviembre pasado.

Sólo lo que ocurra en los próximos meses aclarará si, como dijo el ministro surafricano de Finanzas, Trevor Manuel, "Monterrey ha sido crucial para garantizar que la agenda de Doha se pone en marcha plenamente", es decir, incluyendo las cláusulas favorables al Sur en los terrenos de la fabricación de medicamentos genéricos, de la transferencia de capacidades de exportación y de la supresión de las subvenciones del Norte que penalizan las producciones locales del Sur.

Sea cual sea el resultado final de esa apuesta de los países del Sur, queda claro que Monterrey significa el entierro definitivo de los proyectos de instaurar una fiscalidad internacional para financiar

el desarrollo, y, en particular, del proyecto de una Tasa Tobin sobre los movimientos especulativos de capitales.

A lo largo de los dieciocho meses de preparativos de Monterrey, se habló mucho de la posibilidad de financiar el desarrollo con el producto de un impuesto internacional. El ex presidente mexicano Ernesto Zedillo, encargado de elaborar un informe de cara a Monterrey, evocó la posibilidad de crear una tasa sobre las emisiones de CO₂, proyecto que tenía la ventaja de replantear la temática del Protocolo de Kyoto, que también enfrenta a europeos y norteamericanos. El ministro de Finanzas francés, Laurent Fabius, evocó la posibilidad de crear un impuesto internacional que gravaría las ventas de armas, lo que equivaldría a financiar el desarrollo y, al mismo tiempo, a penalizar el comercio que más destrozos causa entre los civiles de

los países pobres. Desde otros sectores del Gobierno francés, en particular desde la secretaria de Estado para la Cooperación, se defendió el proyecto de una tasa sobre los movimientos especulativos de capitales, tasa cuyo principal inspirador, el economista James Tobin, falleció 'oportuna-mente' días antes de las primeras reuniones de Monterrey. Ninguna de esas propuestas fue audible durante la Conferencia, pese a que son la única manera de generar fondos perma-

nes para el desarrollo sin depender de los presupuestos públicos del mundo industrializado y sin gravar a los contribuyentes del Norte.

La Unión Europea se había comprometido antes del 11-S a estudiar seriamente la viabilidad de una Tasa Tobin. En lugar de hacerlo y de llevar la propuesta a la reunión de Monterrey, ha preferido enterrar el proyecto 'a la chita callando' y volviendo la espalda a 400.000 manifestantes que la arropaban en Barcelona. □

ANDRÉS PÉREZ



Cumbre vigilada. Policías mexicanos patrullan la sede de la Conferencia de Monterrey.